

Iglesia. La curación de estos males está en que, mejor avisados, los individuos y la sociedad entera vuelvan á CRISTO Jesús y al recto camino de la vida cristiana.

Pues la sustancia y fundamento de la vida cristiana consiste, no en acomodarse á los corrompidos usos del siglo, sino en atacarlos con varonil energía. Esto predicán las palabras y los hechos, las leyes y las instituciones, la vida y la muerte de JESUCRISTO, *autor y consumidor de la fe*. De manera que aun cuando la depravación de la naturaleza y las costumbres nos arrastre lejos de la meta, es preciso que *corramos al combate que nos es propuesto*, animosos y prevenidos con el valor y armas de Aquel *que en vista del gozo que le estaba preparado sufrió la cruz* (1). Así, pues, vean los hombres y entiendan esto principalmente: que no es cosa acomodada á la profesión de la fe cristiana, correr, como ahora se usa, en busca de todo género de placeres, huir de los trabajos compañeros de la virtud, y no negarse nada de cuanto suave y delicadamente halaga á los sentidos. *Los que son de CRISTO tienen crucificada su propia carne con los vicios y las pasiones*. (2) De donde se infiere que no son de JESUCRISTO, que no se ejercitan y acostumbran á padecer menospreciando la blanda y delicada voluptuosidad.

Gracias á la infinita misericordia de DIOS el

(1) Hebr. XII. 1 y 2.  
(2) Gálatas, V. 24.

hombre renació á la esperanza que había perdido de los bienes inmortales, mas no pudo conseguirlos sino procurando seguir las huellas de CRISTO y meditando sus ejemplos conformar con él las costumbres y el corazón. Por esto, no de consejo, sino de precepto para todos, y no solamente para los que han abrazado un género de vida más perfecto, es *traer siempre en nuestro cuerpo la mortificación de JESÚS* (1). ¿Cómo, si de otra manera fuese, podría subsistir la ley misma de la naturaleza, que ordena al hombre que sea virtuoso?

En efecto, el pecado original se borra por el bautismo; pero las malas raíces que ha echado el pecado no se borran. Esta parte del hombre, que es irracional, ó en otros términos, el apetito sensitivo, aunque no puede perjudicar á quien le combate valientemente con la gracia de JESUCRISTO, sin embargo, disputa el imperio á la razón, turba la paz y la tranquilidad del corazón y arrastra tiránicamente con tanta fuerza á la voluntad, lejos de la virtud, que sin una lucha diaria no podemos huir del vicio ni cumplir nuestros deberes.

El Santo Concilio piensa y enseña que en los bautizados queda la concupiscencia, la cual, habiendo sido dejada por la lucha, no puede perjudicar á los que no consienten, sino al contrario, combaten valientemente por la gracia de JESU-

(1) Cor. II. IV. 10.

CRISTO, de suerte que, quien haya combatido, será coronado (1).

En esta lucha hay un grado de fuerza al que no llega más que una virtud excelente, y tal es la de los que, combatiendo los movimientos contrarios á la razón han hecho tantos progresos, que no parece sino que llevan en la tierra una vida de ángeles. Que haya pocos que alcancen tan alta perfección es cosa cierta; pero no hay quien, según los preceptos mismos de la filosofía antigua, no deba refrenar sus propias pasiones, y, sobre todo, deben hacer esto y con tanto más cuidado, aquellos que por el uso diario de las cosas mortales, están expuestos á más excitaciones; á menos que se encuentre alguno que piense locamente que la vigilancia debe ser menor donde mayor es el peligro, ó que el enfermo es quien menos necesita de remedios.

En cuanto á la fatiga que se sufre en esta lucha, está muy recompensada, con la adquisición de los bienes celestiales é inmortales, y otras ventajas importantes, de las cuales es la primera que, después de refrenados los apetitos del hombre, recobra la naturaleza su dignidad primitiva.

El hombre, en efecto, ha sido creado bajo esta ley y con esta regla, de que el espíritu mande el cuerpo, que los apetitos sean gobernados por el espíritu y por la voluntad, lo que hace que la li-

(1) Con. Trident, Ses. V. can. 5.

bertad más noble y más deseable es la de no entregarse á las pasiones.

Además, sin esta disposición del espíritu, no se ve qué bien puede esperarse del hombre social. ¿Podrá estar dispuesto á hacer bien el que está acostumbrado á decidir por amor propio, lo que debe hacer ó evitar? No puede ser magnánimo, bienhechor, misericordioso, continente, quien no haya aprendido á vencerse y á despreciar todas las cosas humanas por amor á la verdad.

No dejaremos en silencio como, por divino consejo, no se puede devolver la salud al hombre sino mediante fatiga y dolor. Y ciertamente, si DIOS concedió al hombre la redención de la culpa y el perdón de los pecados, lo hizo bajo la ley de que el Unigénito sufriese la justa debida pena. Y así, aunque JESUCRISTO pudo satisfacer por otros medios á la justicia divina, quiso, sin embargo, padecer grandes tormentos, derramar su sangre y sufrir muerte de Cruz. Y á sus discípulos y fieles les impuso la siguiente ley sellada con su sangre; que viviesen en perpetua batalla contra las costumbres corrompidas de los tiempos. ¿Qué cosa sino el ánimo obediente á dicha ley, fué lo que hizo invictos á los Apóstoles en la enseñanza de la verdad, y fortaleció á innumerables mártires, para dar con su sangre testimonio supremo de la fe cristiana?

Por la misma vía anduvieron cuantos guardaron en su corazón el espíritu de la vida cristiana

y han procurado, con la práctica de las virtudes, su propio bien; y por la misma debemos también caminar nosotros, si queremos conseguir el bien de cada uno y el bien común de todos. Por tanto, en medio de la dominante procacidad libidinosa, es necesario que cada cual se defienda varonilmente de las excitaciones de la lujuria, y dada la insolente ostentación que suele hacerse de una vida agitada y opulenta, hay que proteger el ánimo contra las fascinaciones del lujo y de la riqueza, no sea que el alma vaya á perder un tesoro inmarcesible en el cielo por anhelar cosas que nunca sacian y que son fugaces, y que se llaman bienes. Finalmente, deplorable es que las opiniones y los ejemplos perniciosos hayan tenido tanta fuerza para afeminar los ánimos, que á muchos hombres ya casi avergüenzan el nombre y la vida de cristianos; lo cual es propio de una corrupción profunda ó de una grandísima cobardía. Ambas cosas son tan detestables, que no puede acontecer al hombre un mal peor. ¿Qué resto de bien queda á los hombres, y qué esperanza pueden abrigar si dejan de gloriarse con el nombre de JESUCRISTO, y si rehusan el practicar en la vida sin disimulaciones los preceptos evangélicos? Laméntase con frecuencia que este siglo es estéril en hombres de carácter. Vuélvase á las costumbres cristianas, y con eso recobrará el espíritu humano la constancia y la firmeza.

Pero ante tal extensión y variedad de deberes,

la virtud humana sola es impotente. Del mismo modo que el pan de cada día para el alimento del cuerpo, es necesario pedir á DIOS las fuerzas y el vigor de que el alma tiene necesidad para confirmarse en la virtud. Esta común condición y ley de la vida, de la cual hemos dicho que consiste en cierto modo en un combate perpetuo, va siempre unida á la necesidad de orar á DIOS. Como ha dicho con plena verdad y gracia de estilo San Agustín, la oración salva los espacios del mundo, atrae sobre nosotros la divina misericordia. Contra los movimientos furiosos de las pasiones y contra las emboscadas de los espíritus malos, y á fin de que no seamos engañados, debemos pedir los auxilios celestiales según oráculo divino; *Orad para no caer en la tentación* (1). Y más necesario es ésto si queremos trabajar también en beneficio de otro. Lo que nos ha ordenado con sus palabras nuestro Señor JESUCRISTO, Hijo único de DIOS, fuente de toda gracia y virtud, nos enseñó primero con el ejemplo lo que después nos ordenó con la palabra; *Pasó toda la noche haciendo oración á DIOS* (2) y ya próximo al sacrificio, *con mayor intensión oraba* (3).

Verdaderamente que la fragilidad humana sería menos temible y las costumbres no se enviciarían con el ocio y la pereza, si no se desatendiera este divino precepto por negligencia ó cansancio.

[1] Mat.

[2] Luc. VI. 12.

[3] Id. XXII, 43.

DIOS se aplaca con la oración, quiere llenar de beneficios á la humana criatura y ha prometido que dará abundancia de gracias á quien se las pida. Y aun él mismo nos invita y casi nos provoca á pedirselas con estas amorosísimas palabras: *Yo os digo: pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá* (1). Y á fin de que no nos retraigamos de pedirle con confianza y familiaridad, disimula su majestad divina con la imagen de un padre tiernísimo, para quien nada hay en el mundo de más precio que el amor de sus hijos. *Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas cosas á vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará cosas buenas á los que se las pidan?* (2)

Bien considerado el punto, no causará admiración que á San Juan Crisóstomo le pareciera tan eficaz el poder de las oraciones humanas que le considera comparable con el mismo poder de DIOS, porque así como DIOS creó al mundo con una palabra, del mismo modo consigue el hombre con la oración lo que quiere alcanzar de Él. Nada hay más eficaz para conseguir una gracia que la oración bien hecha, porque en ella se contienen aquellos motivos en que DIOS se deja más fácilmente aplacar y mover á misericordia. En la oración apartamos el pensamiento de las cosas humanas, y entregándonos con el pensamiento

[1] Luc. XI. 9.  
[2] Mat. VII, 11.

sólo á la contemplación de DIOS, tenemos conciencia de nuestra fragilidad, por lo cual confiamos en la bondad y cariño de Nuestro Padre, y nos entregamos al poder de nuestro Creador. Animosamente nos hemos de presentar ante el autor de todo bien, poniendo á su vista nuestra alma enferma, nuestras débiles fuerzas, nuestra pobreza, y llenos de confianza, pidamos amparo y socorro de Quien únicamente puede darnos el remedio de nuestras enfermedades y aliviar nuestra debilidad y miseria. Merced á esta buena disposición del ánimo, que modesta y humildemente reconoce su propia debilidad, DIOS se inclina maravillosamente á clemencia, porque así *como resiste á los soberbios, á los humildes les da su gracia* (1). Sea, pues, sagrada para todos la práctica de la oración; oren el corazón, la voz y el pensamiento; póngase de acuerdo la vida con la oración, á fin de que merced á la observancia de las divinas leyes, nuestra vida parezca un continuo afán del alma hacia DIOS.

Lo mismo que todas las demás virtudes, ésta de que hablamos tiene su origen en la fe y de ella se sustenta, pues DIOS mismo es quien nos hace conocer cuáles son los verdaderos bienes cuya posesión debemos desear y nos manifiesta su infinita bondad y los méritos de CRISTO, Redentor nuestro. Y al propio tiempo nada es tan adecua-

[1] San Pedro, 1<sup>a</sup> V. 5.

do como la piadosa práctica de la oración para sostener y acrecentar la fe, de la cual virtud, en muchos enervada y en otros extinta, es manifiesta la necesidad urgentísima que se siente hoy. De ella debe esperarse, no solamente la reforma de las costumbres privadas, sino la misma norma para resolver aquellas cosas cuyo conflicto no deja á los Estados tranquilos y seguros. Si el pueblo se halla atormentado por su sed devoradora de libertad; si por doquiera se presentan temibles bandas de proletarios; si la desnaturalizada codicia de los felices del mundo no dice nunca basta, y si amenazan otros peligros semejantes, nada puede remediarlos más eficazmente, como ya en otra ocasión con más detenimiento expusimos, que la fe cristiana.

Y en llegando aquí es oportuno volver el pensamiento y dirigir la palabra á vosotros todos, los elegidos por DIOS para cooperadores suyos en la dispensación de los misterios é investidos de su divino poder. Cuando se investigan las causas del bien público y privado, no cabe duda de que la vida de los clérigos ejerce indudable influencia. Recuerden los sacerdotes que CRISTO les llamó *luz del mundo*, por lo cual, *al modo de la luz que irradia en el universo, conviene que resplandezca el alma del sacerdote* (1). Pídase al sacerdote la luz de la doctrina, y que esta luz no sea mortecina, puesto que su ministerio consiste en infundir sabiduría

(1) San Juan Crisóst. De Sac. 1, 3, c. 1.

en los demás, extirpar los errores y constituirse en guía del pueblo por los peligrosos é inciertos caminos de la vida. La doctrina requiere principalmente la inocencia de la vida, singularmente porque la reforma de los hombres más se consigue con el ejemplo que con la palabra. *Brille vuestra luz entre los hombres de manera que vean vuestras buenas obras* (1). La cual sentencia manifiesta que debe ser tal la perfección de los sacerdotes y lo refinado de su virtud, que puedan servir de espejo á quien quiera que les observe.

“Nada hay que enseñe mejor y más asiduamente en la piedad y Religión como el ejemplo de los que se consagran al divino ministerio, porque hallándose colocados sobre los demás y expuestos á las miradas de todos, todos se miran en ellos y de ellos toman ejemplos que imitar” (2). Por lo cual, si todos los hombres se hallan obligados á cuidar con el mayor celo de no estrellarse contra el escollo de los vicios, y á no correr con inconsiderada afición tras los bienes caducos, no cabe dudar que los sacerdotes están aun más obligados á evitarlo con todo esmero.

Pero no basta que los sacerdotes no se rindan á las pasiones, sino que la santidad de su sublime estado exige que se ejerciten en dirigirse varonilmente á sí mismos, y que libren á CRISTO todas las facultades de su alma, particularmente el en-

(1) San Mat. V. 16.

(2) Conc. Trid. Ses. XXII. C. I. de Ref.

tendimiento y la voluntad, que son las que dominan sobre las restantes. “Ya que te preparas á abandonarlo todo, acuérdate de que entre las cosas que debes dejar está el amor de ti mismo, y que de ti mismo debes comenzar por renegar.” (1) Una vez desligados sus corazones de las cosas terrenas y libres de toda pasión, experimentarán un generoso y vivo celo de la salvación de los demás, sin el cual nunca podrán tener en buena vía el negocio de la suya propia. “El único provecho que han de sacar de sus súbditos, su única gloria, su única delicia ha de consistir en procurar los medios de preparar un pueblo perfecto. Y este es el fin que buscan aun á costa de las mayores mortificaciones de su corazón y aun su mismo cuerpo, en trabajos y miserias, en hambre y sed, en fríos y desnudez.” (2) Esta intrépida virtud que por el bien del prójimo se lanza á arduas empresas, admirablemente vive y se afirma con la frecuente contemplación de las cosas del cielo, consideración á que cuanto más se apliquen los hará entender más claramente la grandeza, la excelencia y la santidad del ministerio sacerdotal. Conocerá también qué cosa tan deplorable sea que tantos redimidos por JESUCRISTO caigan en la eterna ruina, y con la meditación del Sér divino se excitarán y excitarán más y más á todos á amar al Señor.

Este es el segurísimo camino de salvación co-

(1) S. Bern. Declam. C. I.  
 (2) S. Lib. IV. de Consid. c. 2.

mún; pero hemos de insistir en recomendar que nadie se abata por la magnitud de los males que nos aflijan ni por su duración desespere de la regeneración social. La inmutable y equitativa justicia de DIOS reserva el premio para las buenas obras y el castigo para las malas; pero en cuanto á las naciones, que no pueden traspasar los límites del tiempo, es forzoso que DIOS las recompense en esta tierra. No es nuevo, ciertamente, que prospere un Estado culpable, lo cual sucede por justa disposición de DIOS, porque no habiendo en el mundo ningún pueblo que carezca de alguna condición ó hecho laudable, Él lo retribuye de esa suerte, como sucedió con el pueblo romano, según opinión de San Agustín. Esto no obstante, es ley inmutable que la prosperidad de un Estado depende principalmente del modo con que rinda culto á la virtud, particularmente á la que es madre de todas las demás, la justicia. “La justicia es la que engrandece á las naciones; pero el pecado hace desdichados á los pueblos” [1]. No es esta ocasión para que Nos detengamos á considerar las injusticias triunfantes ni á investigar si no hay Estados cuyos negocios van al parecer á medida de su deseo, y que sin embargo, llevan como escondido en su seno el germen de la miseria. Lo único que deseamos es que se entienda, y la historia nos da de ello abundantes ejemplos, que las injusticias tienen siempre castigo y que la seve-

[1] Prov. XIV. 34.